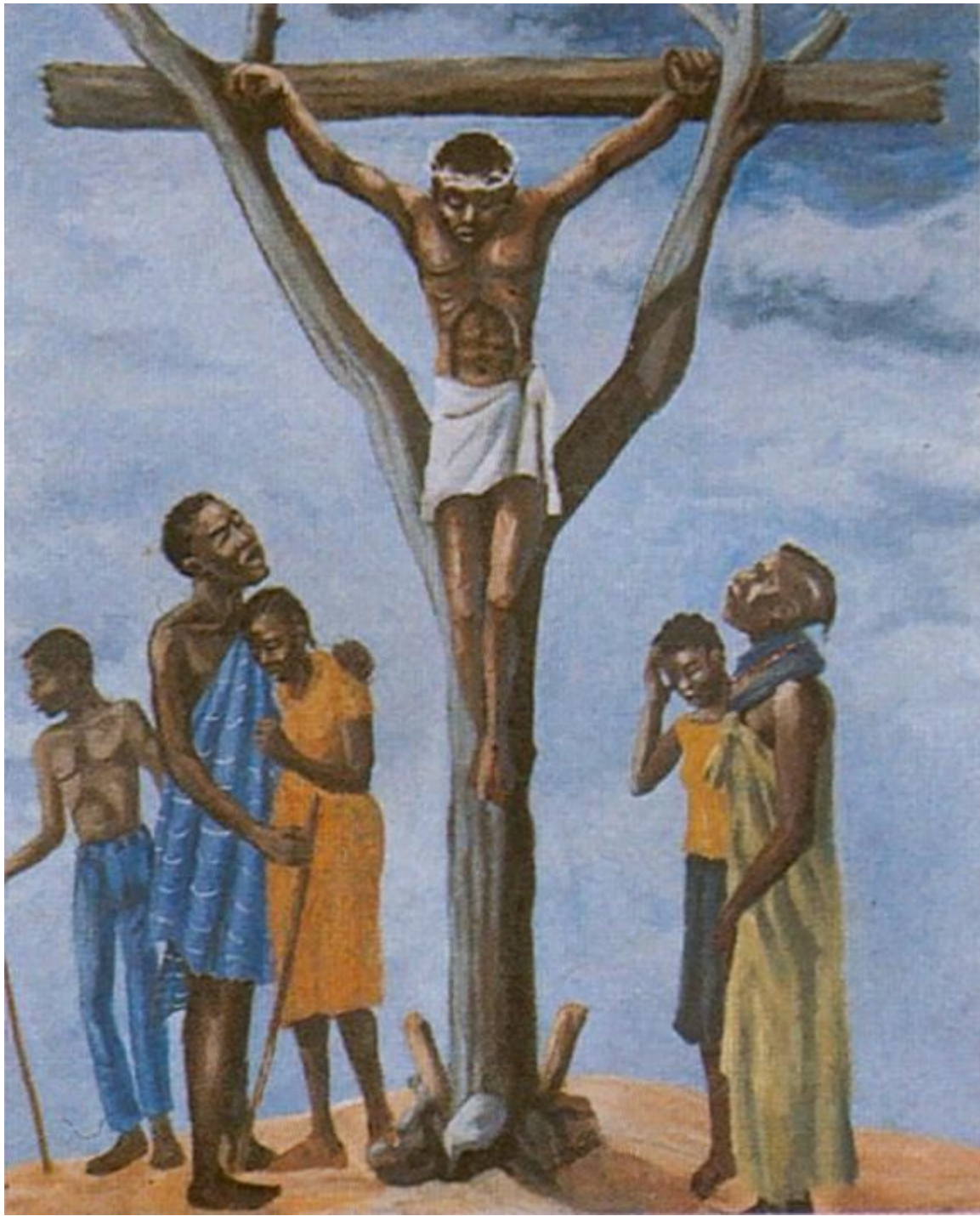


Una Iglesia mártir en el corazón del África

Testigos del amor de Dios



Beata María Clementina Anuarite Nengapeta (1939-1964)

virgen y mártir

Anuarite Nengapeta nació el 29 de diciembre de 1939 en las afueras de Wamba (R. D. Congo), en una familia pagana. Posteriormente fue bautizada en la Iglesia Católica junto a su madre y dos hermanas; en el bautismo pide llevar el nombre de Alfonsina. La joven Anuarite entró en el noviciado de las religiosas diocesanas de la Sagrada Familia (Jamaa Takatifu), una congregación fundada en 1936 en Bafwabaka por Mons. Verfaillie, scj y vicario apostólico de Stanley Falls (diócesis de Kisangani y Wamba). Hizo su primera profesión religiosa en 1959 y tomó el nombre de María Clementina.

Religiosa transparente, llena de serenidad y alegría, incluso en las dificultades, lo hace todo con diligencia y amor. Es acompañada espiritualmente por Mons. Wittebols. En su vida cultiva tres ideales: la obediencia, la humildad, la oración. Deseando "agradar solo a Jesús", reza mucho y con intensidad. En los momentos más difíciles escribe: "Señor, aquí estoy espiritualmente enferma. He venido aquí buscando el remedio para sanar ... ¿No derramaste tu sangre por mí? ¿Y también para los negros? Contéstame... Jesús, concédeme la gracia de morir, incluso al instante, antes que abandonarte".



Mientras Zaire estaba siendo desgarrado por sangrientos conflictos internos, durante los cuales muchos religiosos fueron masacrados, un grupo armado de jóvenes Simba, impulsado por el odio hacia la fe católica, el 29 de noviembre de 1964, se llevó a 18 religiosas profesas, 9 novicias y 7 postulantes del convento de la Sagrada Familia de Bafwabaka. Sor Anuarite, que estaba en el campo no lejos de la casa, quiso unirse a sus hermanas diciendo: "¿Qué hacemos aquí? Vamos; si tenemos que morir, morimos juntas". Las religiosas fueron llevadas a Ibambi, donde pasaron la noche. Sor Anuarite con calma exhortó a sus hermanas a velar y orar: "Oremos a los mártires de Uganda, estamos en gran peligro; ¡oremos, oremos! En cuanto a mí, no sé si seguiré viva mañana". El 30 de noviembre llegaron a Isiro. Fue en ese lugar donde, insistentemente y con cruel desvergüenza, ordenaron a las religiosas deshonorar su virginidad esa misma noche con los soldados que las habían secuestrado. Sor Anuarite fue elegida por el comandante. Por unanimidad, las religiosas y la hermana Anuarite se negaron enérgicamente a obedecer.

Ante la infame obstinación del oficial, que le prometía grandes favores si consentía, sor Anuarite respondió con fuerza y voluntad obstinada: "No puedo soportar ser esposa de un hombre; si es necesario, prefiero morir; me niego, estoy consagrada a Dios". El oficial furioso

comenzó a golpearla violentamente, pero no pudo romper la resistencia de la hermana Anuarite, quien ofrecía su vida en sacrificio de dulce perfume, murmurando el santo nombre de Jesús. Finalmente, en la hora en que las tinieblas oscurecieron todo, Sor María Clementina Anuarite Nengapeta fue asesinada con un disparo de fusil, a la una de la madrugada del 1 de diciembre de 1964. Supo asociar la virtud cristiana del perdón con el coraje de afrontar la muerte: "Te perdono -le dijo en voz alta a su verdugo- porque no sabes lo que haces". En ese momento, las otras religiosas habían comenzado a cantar el Magnificat.

Cuando murió Sor Anuarite, las hermanas resistieron con éxito a los perseguidores, consoladas y fortalecidas por su testimonio. De hecho, al alba, cuando los Simba se dieron cuenta de que todos sus esfuerzos habían sido en vano, dijeron: "Nunca hemos visto mujeres con un corazón duro como el vuestro. Son brujas, no queremos verlas más aquí en Isiro".

María Clementina Anuarite fue beatificada en Kinshasa por Juan Pablo II el 15 de agosto de 1985.

La memoria de la virgen y mártir, muy conocida y rezada en el Congo, es una buena ocasión para rezar por la Iglesia y por todo el pueblo de este país africano, y en particular por las comunidades SCJ y sus actividades apostólicas. La Beata María Clementina Anuarite es modelo de humilde sencillez en la oración, de obediencia dócil y libre, de vida fraterna sin discriminaciones étnicas y miedos fetichistas y, sobre todo, de amor virginal hasta el heroísmo.

Algunos de sus pensamientos: "A la hora de la meditación debemos ser felices: es el tiempo de descanso y fiesta con el Señor, como dos novios que conversan entre sí sin prestar atención al esfuerzo ni al cansancio que soportan... Y nosotras que somos consagradas, debemos pensar en el Esposo de nuestras almas mucho más a menudo".

"No preocuparse por nada. En primer lugar, saber lo que Dios quiere de mí, cuando me pide algo. Si busco mi alegría fuera de Jesús solamente, ten claro, alma mía, que nunca podrás encontrar consuelo. Jesús, dame espíritu de oración y fidelidad, para que pueda observar mi Regla. Dame la fuerza para que no confíe en mí misma diciendo: no hay peligro. ¡Virgen prudente, que yo sea prudente!".



Oración

Santísima Trinidad, en comunión con toda la Iglesia,
te doy gracias por la abundancia de dones que concediste
a la Beata Sor María Clementina Anuarite Nengapeta,
modelo de obediencia y fidelidad al voto de castidad
hasta el sacrificio de su joven vida.

Concédeme que, siguiendo su ejemplo,
viva en constante escucha de la Palabra de Dios
y en el generoso servicio a los demás.

Dígnate, Señor, glorificar en la Iglesia
como Virgen y Mártir a esta tu servidora fiel.

Por su intercesión, concédeme la gracia que ahora te pido ...

María, Reina de los Mártires,
recomienda maternalmente mis súplicas a tu Hijo Jesús.

Amén.



Siervo de Dios, Padre Bernardo Longo (1907-1964)

misionero y mártir



Nació en Pieve di Curtarolo (Padua, Italia) en 1907. Antes de llegar al corazón de África, el Congo, la meta de sus ideales juveniles, su camino fue muy accidentado. Comenzó en la escuela secundaria en el seminario diocesano de Padua; pero tuvo que dejarlo muy temprano por motivos de salud. A los veinte años (5 de mayo de 1927) tuvo que presentarse en Verona para el servicio militar, y solo en 1936 fue ordenado sacerdote, hijo

espiritual del siervo de Dios, padre Juan León Dehon, fundador de los "Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús" (Dehonianos).

En 1938 lo encontramos siendo misionero en la región del Alto Congo (África), en medio de la selva ecuatorial, en la zona aún inexplorada entre Avakubi y Wamba, que él mismo define como "la patria de los Walesse, Pigmeos y elefantes". A partir de 1950, su residencia habitual es el pueblo de Nduye (zona de Mambasa, R. D. Congo), que se convertirá en su misión, su amor y su martirio.

Misionero de corazón generoso, pronto se revela como un volcán de ideas e iniciativas, en apoyo de la evangelización y para la promoción humana y espiritual de las personas. No con alta tecnología, sino con proyectos para todos: cómo cultivar plátanos o café, trabajar madera para construir una mesa o una choza, desmontar y volver a montar las partes de un motor, etc. Y, en el ámbito femenino, colabora con las Pías Madres de Nigrizia, trabajando en el corte y la costura o gestionando una escuela o un dispensario.

Siempre ha vivido pobre y con los pobres. Se alojaba en una miserable choza de barro y paja. La iglesia, la escuela y el taller también estaban hechos de los mismos materiales. Pero en este medio pobre vivía un misionero de gran corazón.

Todo lo que era o hacía, era para sus negros, paganos, musulmanes o cristianos; todos muy unidos por una obra de amor común. Y cuando, en el culmen de la revolución de 1964, fue invitado a esconderse en el bosque para salvar su vida, respondió: "En el momento de peligro el pastor no puede abandonar su rebaño". Por eso quiso permanecer en la Misión y

con “sus Hermanas”, exhortándolas a dar testimonio, a pesar de todo, del perdón y de la esperanza cristiana. Un día, al verlas rodeadas por un grupo de “Simbas” amenazadores y armados con lanzas y rifles, pronunció estas inspiradas palabras: “Aceptamos la muerte como un acto de amor, por la salvación de esta gente y de los Pigmeos”.

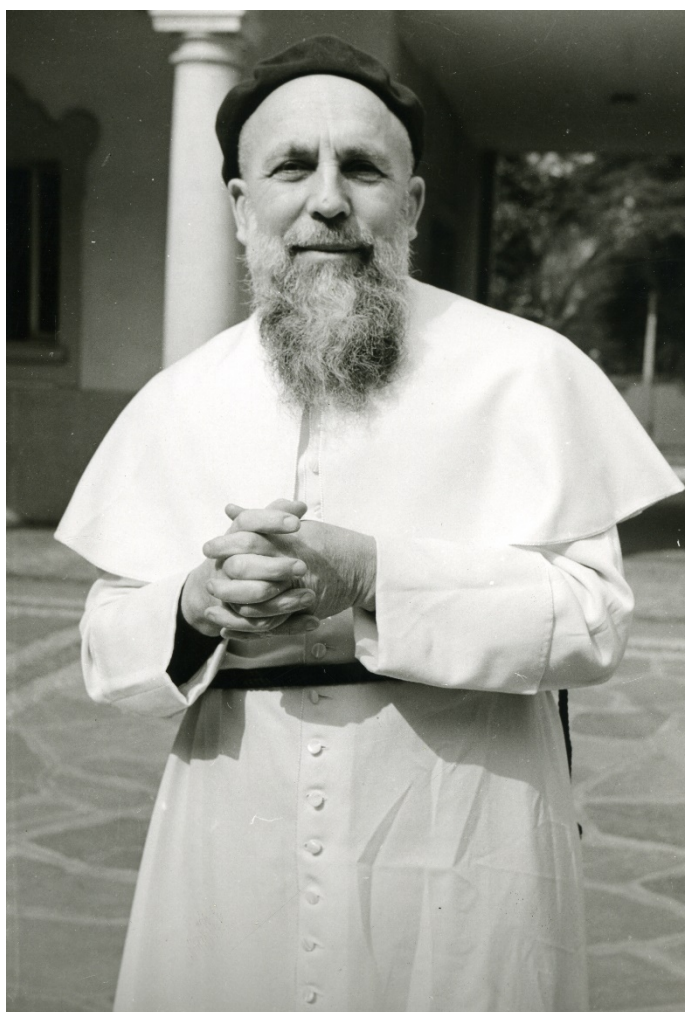
Y cuando, castigado por una sentencia injusta, una monja le preguntó por su último mensaje para la familia, él respondió desde la celda de la prisión: “¡Decidles que esta es la muerte más hermosa para un misionero!”.

Murió a las puertas de Mambasa, vuelta la mirada hacia su Nduye, herido en el pecho por una lanza, solo porque era misionero del Evangelio que anuncia el amor y el perdón. Ningún ataúd, sino solo la sotana y su rosario lo acompañaron a la tumba. Gracias al testimonio de un amigo protestante, un enfermero del hospital cercano, sobre la tumba del padre Bernardo Longo se colocó una cruz, que resume su fe, su vida y su esperanza en la eternidad.



Oración

Te bendecimos,
Señor Jesús, Buen Pastor,
porque le has dado a la Iglesia
el siervo de Dios, Padre Bernardo Longo,
sacerdote de tu Corazón,
y lo has llamado para anunciar
el evangelio a los pobres
y dar testimonio de ello con el sacrificio de la vida.
Mira nuestra pobreza y, por su intercesión,
dignate conceder la gracia que te pedimos ...
Comparte con nosotros los sentimientos de tu Corazón
y danos tu Espíritu
para que nuestra vida se convierta
en ofrenda viva a Dios Padre
para su gloria y su gozo.
Amén.



Mons. Joseph Wittebols (1912-1964)

primer vicario apostólico y obispo de la diócesis de Wamba



El 26 de noviembre de 1964, en el patio de la prisión de Wamba, Mons. Wittebols, primer vicario apostólico y obispo de la diócesis de Wamba, caía bajo los golpes de los rebeldes, después de un largo martirio, junto con siete de sus misioneros y cohermanos belgas. Con él, en pleno vigor de su vida, desapareció una bella figura de obispo misionero. Así, en su persona se cumple el título de su libro: "La donación total".

Nacido el 12 de abril de 1912 en Etterbeek (un barrio de Bruselas, Bélgica), Joseph Wittebols se inició en la vida religiosa dehoniana en el noviciado (1931-1932) de Brugelette (Bélgica), al que siguió un curso de filosofía en el Escolasticado Nuestra Señora del Congo en Lovaina y el curso de teología en los jesuitas. Era muy diligente en su propia formación religiosa y sacerdotal, y no descuidaba nada que creyera que podría prepararlo mejor para su futuro apostolado. Además de una buena cultura, poseía un profundo sentido común, una sana rectitud de juicio, una total abnegación, una gran capacidad de trabajo y una tenacidad que resistía a cualquier desanimo. A esto se añadía una profunda conciencia de las propias responsabilidades. Más tarde todas estas cualidades le serán muy útiles en su apostolado.

Ordenado sacerdote en Lovaina el 11 de julio de 1937, en el otoño de 1938 embarca en Amberes (Bélgica), con destino al continente africano. En Stanleyville (Kisangani, R. D. Congo), el obispo le asignó como primer campo de apostolado la nueva escuela, ¡aún por crear! - que sería el "Colegio Sagrado Corazón", del que fue fundador y director hasta 1949, atrayendo la estima de todos por su temperamento tranquilo, inclinado al optimismo y marcado por una benevolencia exquisita y solidaria, en particular hacia sus colaboradores.

El 24 de marzo de 1949 fueron anunciados la erección del vicariato apostólico de Wamba (que se convertiría en diócesis en 1959) y el nombramiento de Mons. Wittebols como vicario apostólico. La consagración del nuevo obispo tuvo lugar en la capilla de la Procura de misiones de Bruselas el 16 de junio de 1949.

Bajo la dirección de un pastor dinámico, generoso, emprendedor y metódico, que además era un ferviente religioso, un excelente pastor y un guía optimista y desinteresado, el vicariato apostólico de Wamba experimentó de inmediato un período de prosperidad.

Mons. Wittebols siempre se preocupó por hacer reinar la alegría y el optimismo en todas las comunidades confiadas a su cuidado. Predicaba con el ejemplo.

A veces, Msgr. Wittebols fue llamado “el obispo de las monjas”. De hecho, estaba muy preocupado por su situación material, espiritual y moral; a menudo les predicaba retiros y sus reflexiones se recogen en dos volúmenes: “La donación total” (1960) y “Ecce Ancilla Domini” (1962). A los pocos días de su muerte, tuvo la alegría de presenciar, desde el cielo, el martirio de una de las monjas, Sor Anuarite, que murió por permanecer fiel a su voto de virginidad.

La declaración de independencia de la R. D. Congo (1960), con los disturbios que siguieron, fue fatal para la misión de Wamba: “Actualmente la Iglesia está en peligro, no solo en el mundo, sino especialmente en nuestro país, donde está despreciada y calumniada con orgullosa hostilidad por quienes, abandonando la sabiduría cristiana, vuelven miserablemente a las doctrinas, costumbres e instituciones del paganismo”.

El 15 de agosto de 1964, día de la Asunción, los rebeldes entraron en Wamba, imponiendo inmediatamente un régimen de terror. Día y noche se multiplicaron las acusaciones de odio, los insultos, las amenazas y los registros. Los asesinatos masivos de líderes indígenas, empleados de la administración pública y muchos de los hombres más destacados, ejecutados en la plaza frente a una multitud reunida a la fuerza, provocaron en Mons. Wittebols la siguiente reflexión: “El espíritu que los anima no es en absoluto bantú; debe provenir del extranjero”.

El 29 de octubre Mons. Wittebols y todo el personal de la misión se vieron obligados a residir, primero en el hospital de Las Palmas y luego en la propia misión, vigilados día y noche por soldados armados. Cada vez hubo más ataques descarados, registros, torturas infligidas a uno u otro de los hermanos, explosiones de odio, humillaciones y vejaciones de todo tipo, durante días y semanas enteras. Todo esto, unido a la inacción total forzada, la incertidumbre del mañana, el colapso de su obra y la imposibilidad absoluta de evitar el mal, entristeció profundamente al obispo Mons. Wittebols. ¿Qué decir de su disposición interior en esas horas oscuras, llenas de incertidumbre? El obispo no tenía la costumbre de desahogarse: sabía aceptar lo que le sucedía y nunca se quejaba. Durante el encarcelamiento, la humillación, la tortura, aunque su apariencia exterior mostrara los signos evidentes de las peores torturas, su gran calma y su dignidad impresionaban a todos, revelando al mismo tiempo su resignación y su total abandono a la voluntad divina.



De los escritos de Mons. Joseph Wittébols

El santo abandono

"La actitud de total abandono a la beneplácito del Padre es verdaderamente la esencia de la vida de Nuestro Señor. Esto es lo que hace de Jesús la víctima única, sin tacha, la única agradable al Padre, la única capaz de redimir a la humanidad reparando la ofensa hecha a Dios. Para ser víctima se hizo hombre, y lo ha testimoniado con toda su vida, desde el Ecce Venio inicial hasta el Consummatum est en el altar de la cruz. Es también la disposición de la Santísima Virgen María, la corredentora, cuya vida estuvo totalmente guiada por el deseo de vivir con amor el Ecce Ancilla Domini de la Anunciación" (La Donación total, 195).

Obediencia

"Y finalmente nuestra obediencia debe ser total y completa. No es la obediencia querida por Dios lo que nuestras superiores deben exigirnos con exagerada atención, o con juegos de palabras o con excesiva insistencia. No, para ser verdaderamente sobrenatural nuestra obediencia será pronta y rápida, sin discusiones interminables, y no porque no se pueda hacer de otra manera; será íntegra: no intentaremos dar a las superiores una apariencia de satisfacción, reservándonos una salida de emergencia para que podamos desviarnos por la tangente en cuanto surja la oportunidad. Jesús no puso en discusión los deseos de su Padre; en todas las cosas, tanto en las pequeñas como en las grandes ocasiones, siempre se apresuró a obedecer. 'Mi alimento, dijo, es hacer la voluntad de mi Padre' (Jn 4, 34)" (Ecce Ancilla Domini, 117).

La donación total

"Quien escucha este llamado entiende que su vida ya no tendrá sentido si no se dona. Y la palabra "don" aquí no significa dar algo, sino darse a uno mismo; y no es un donarse parcialmente. No nos hemos donado a nosotros mismos si no nos hemos donado sin reservas y sin límites. Donación total a Dios" (La donación total, 61).



Oración

Te damos gracias, Padre misericordioso,
por llamar a tu apóstol y pastor
Monseñor José Wittebols
al servicio de tu Reino entre los pobres y los necesitados,
predicando tu Evangelio de amor.
En la donación total de la vida
realizó su consagración al Corazón de Jesús
y, profesando el Ecce Venio y el Ecce Ancilla,
se ofreció por el pueblo de Dios a él confiado.
Te pedimos, Padre,
que la Iglesia sea un instrumento de reconciliación y de paz
y que la semilla sembrada
con el testimonio de tu siervo
suscite nuevos signos
de la civilización del Amor.
Por su ejemplo y por su intercesión,
danos la gracia que te pedimos con fe...
y concédenos también a nosotros
estar siempre arraigados en ti
y vivir con fortaleza la confesión de tu Nombre.
Amén.



